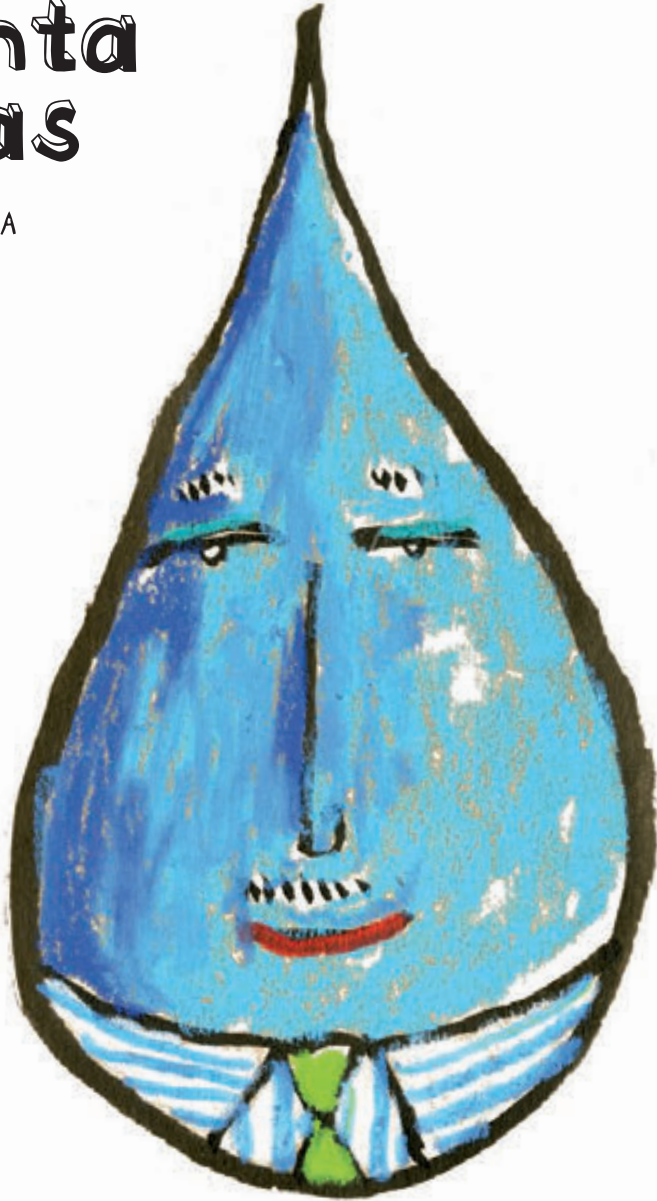
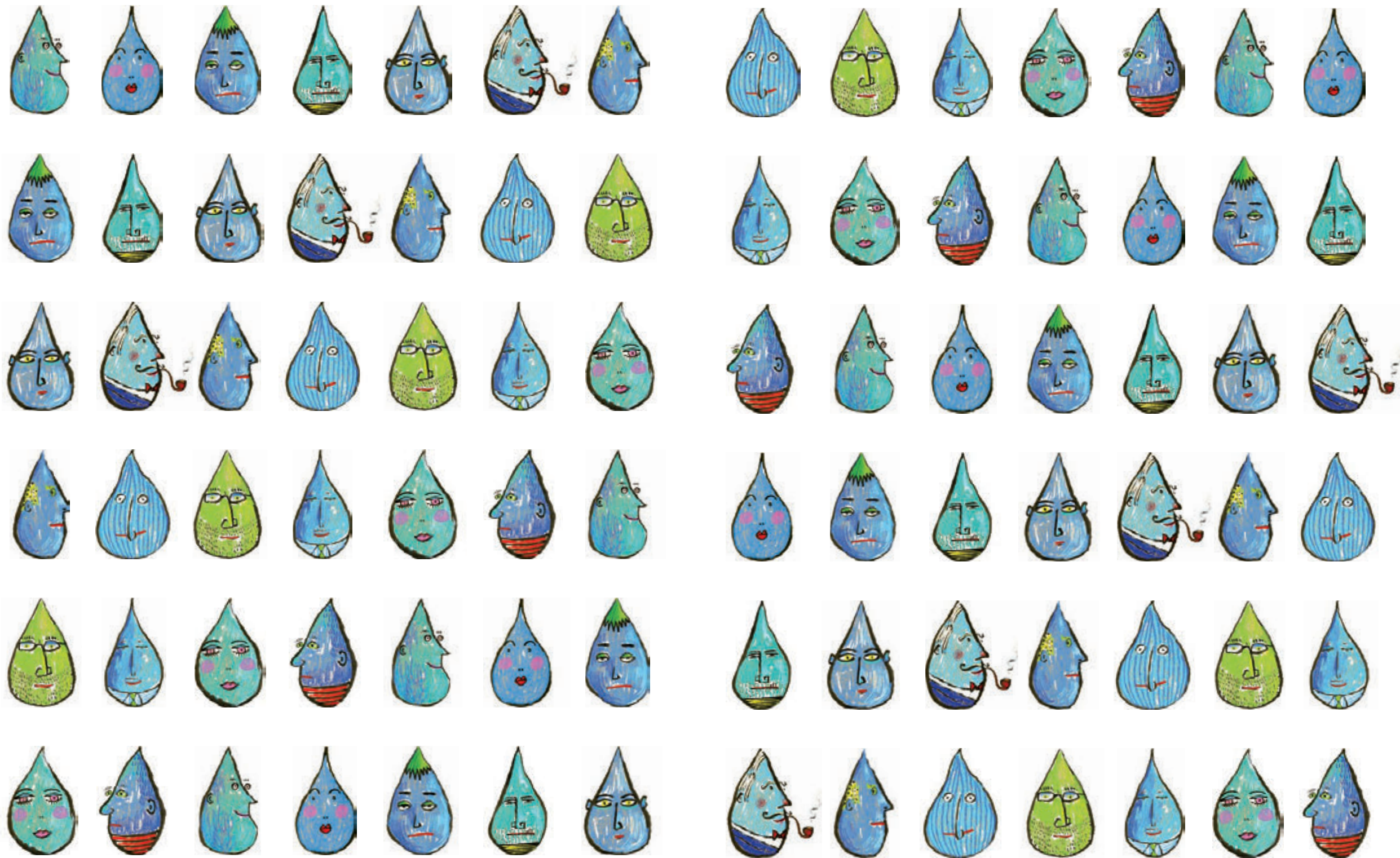


El Cuenta Gotas

I Premio
DE NARRATIVA
Infantil

2011





I Premio
DE NARRATIVA
Infantil



GANADOR
Las gotas
Javier García Crocco

El Cuenta Gotas

ACCÉSIT
Sopa
Amaia Cia Abascal
El arte de Maya
Mario Fernández Palos
El capitán Coraje
Delsa López Lorenzo
El duende del Eume
Marta Pérez Cogollos

JURADO
Andrés Barba
Martín Casariego
Victoria Chapa
Cecilia Gandarias

ILUSTRACIONES
Rafa Sañudo

El Premio Internacional de Narrativa Infantil El Cuentagotas nace con la vocación de impulsar la creación literaria y el gusto por la lectura a través de obras de calidad que fomenten el respeto al medio ambiente en general y al agua en particular.

En abril de 2011 se convocó la primera edición del concurso. Los relatos habrían de ser cortos, escritos en español, dirigidos a niños de entre ocho y doce años, y con el agua dulce como elemento principal. En pocas semanas la Fundación empezó a recibir los cientos de cuentos presentados, y que han constituido el mejor reconocimiento a la iniciativa. Un jurado especializado en literatura infantil sería el encargado de elegir un manuscrito ganador y cuatro accésit.

Esta publicación en papel y su equivalente en formato electrónico son el resultado de las deliberaciones del jurado, y recogen los cinco relatos premiados con el propósito de ser distribuidos gratuitamente entre los centros de enseñanza, bibliotecas y centros culturales de la Comunidad de Madrid, y con la posibilidad de descargarse gratuitamente desde la página web de la Fundación.

Si bien este libro recoge solo los cinco relatos ganadores, han sido muchísimos los cuentos que por su calidad y originalidad hubieran podido aparecer en la publicación. Con el convencimiento de que la infancia es una etapa clave en la educación y el desarrollo de los individuos, queremos dar las gracias a todos los participantes en esta primera edición del premio por su inestimable contribución a nuestra misión como Fundación de sensibilizar a los madrileños en la cultura del agua.

Fundación Canal

Noviembre de 2011

9

Las gotas

JAVIER GARCÍA CROCCO

17

Sopa

AMAIA CIA ABASCAL

27

El arte de Maya

MARIO FERNÁNDEZ PALOS

35

El capitán Coraje

DELSA LÓPEZ LORENZO

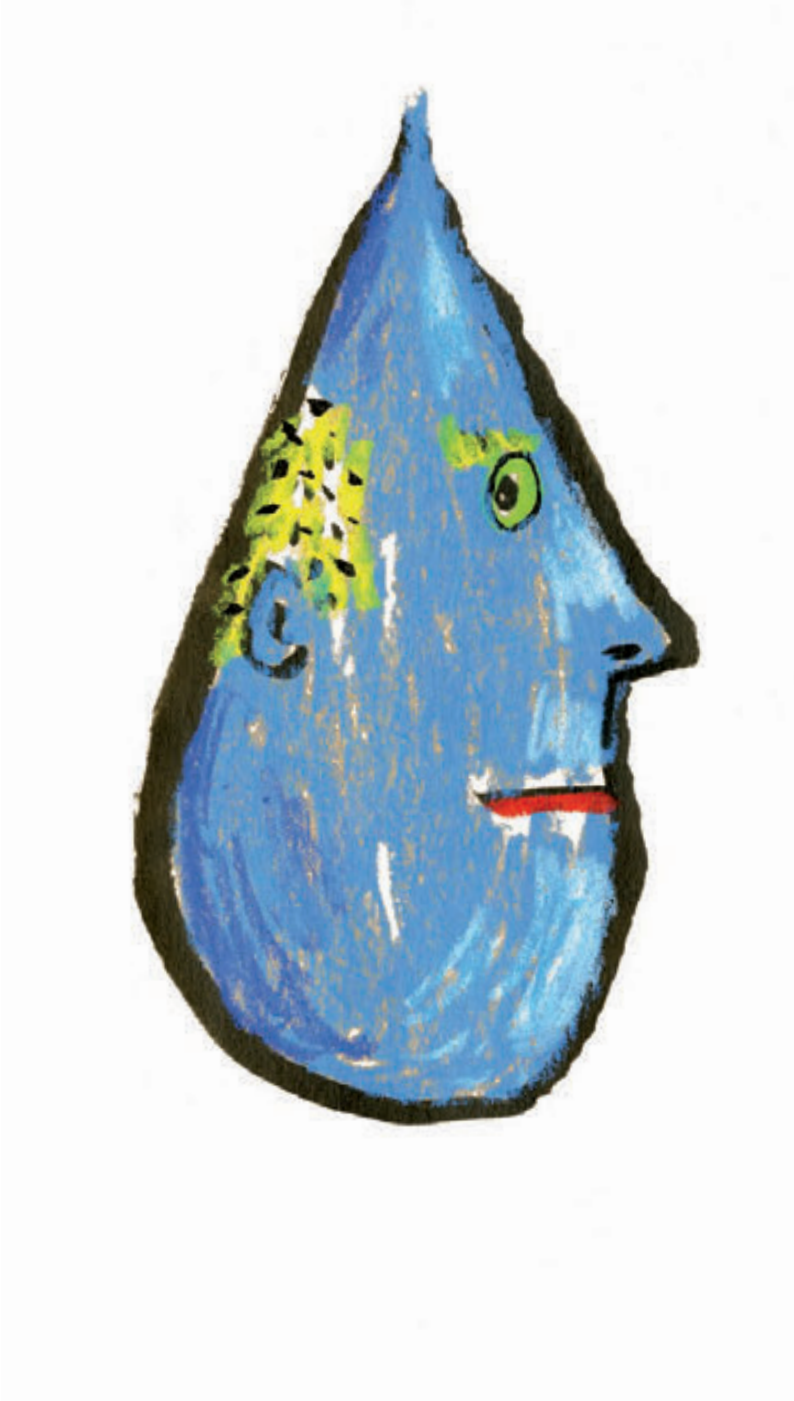
39

El duende del Eume

MARTA PÉREZ COGOLLOS



Elije el relato que quieres leer



Las gotas

JAVIER GARCÍA CROCCO

A la memoria de Julio
Cortázar por su tarde de
hasfío en que les dio vida.

Una gota cayó desde lo alto y se zambulló en el balde: plic. Entonces, otra gota asomó en el borde del toldo y zim, se largó cortando el aire.

—¡Allí voy... !!! —advirtió la tercera con voz finita. Y otra más, y luego otra. Plic, plic, plic. Todas hacia el balde donde sus compañeras las recibían con abrazos y bienvenidas.

Pero cuando ya había saltado la última y pasado toda la mañana, las gotas comenzaron a mirarse de reajo. No cabía en ellas una gota más. Una

protestó porque estaba muy apretada. Otra porque había quedado muy abajo. Las que estaban contra las paredes del balde rezongaron sin dejar de aprovechar para rascarse la espalda. Algunas comenzaron a llorar generando más gotas. Y a estas, muchas otras trataron de consolar.

Pidiendo permiso, y con mucho esfuerzo, una gota logró llegar a la superficie. Quiso salirse del agua como un pez volador. Lo intentó varias veces. Pero no pudo.

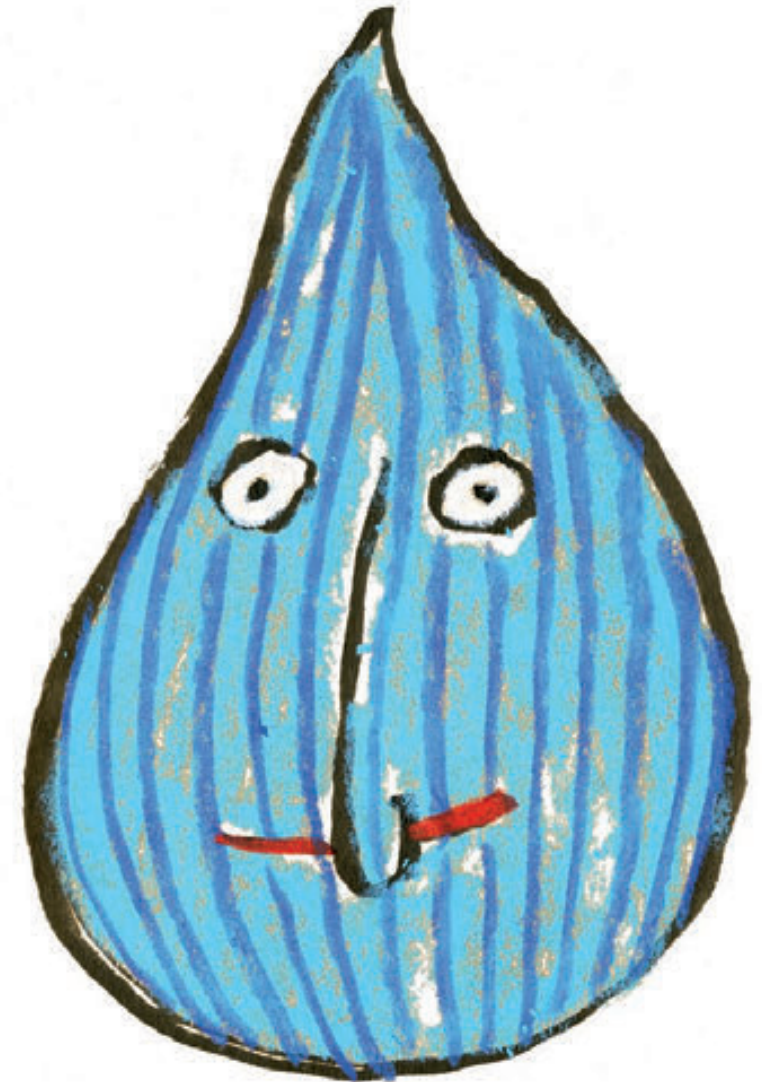
—Nos vamos a convertir en agua estancada.

—Nos llenaremos de bichos y bacterias.

El agua quedó quieta de tristeza. Pasado el mediodía, unos ojos enormes se asomaron al balde. Todas juntas pronunciaron una erre larguísima, y el agua cimbró. Pero la cara enorme pasó de largo sin darles importancia.

Eran solo agua de lluvia y nada más.

Ellas querían caer, rodar, lanzarse, jugar, y reír.





—Un momentito —dijo la gota más vieja, que estaba un poco arrugada porque fue la primera en pegar contra el balde seco—, además de gotas, somos agua, y como tal debemos comportarnos.

Las gotas quedaron pensativas.

La luz de la tarde disminuía.

—Ojalá nos toque una noche estrellada.

El comentario levantó el ánimo de las gotas. Las más pequeñas se acomodaron en la superficie para ver mejor. Pero entonces oyeron un ruido a engranaje oxidado: ñac, ñac, ñac, el toldo del patio se cerraba.

Algunas profirieron gritos de reproche, otras maldijeron y las restantes protestaron por la protesta y otras por algunos modales. Al cabo de un rato, algo cansadas, enmudecieron.

De pronto, un movimiento inesperado las sacudió. Un puño alzó una manija sobre la boca del balde, y lo levantó. El agua comenzó a sacudirse. Las gotas iban, reían y gritaban al compás de las olas.



El cielo abierto del atardecer apareció sobre ellas.
Unos pinos altos parecían llegar hasta él.

Entonces el balde comenzó a inclinarse. Las gotas
resbalaron como en un tobogán. Al pasar al otro
recipiente, pudieron ver un jardín con plantas y
flores.

—¡Es una regadera! —gritó una.

Y de inmediato, todas, muertas de risa, comenzaron
a caer en hileras, muy contentas de ser gotas y
agua a la vez.



Sopa

AMAIA CIA ABASCAL

Aquella mañana de domingo doña Juliana no podía imaginar que unas cuantas gotas de agua iban a cambiar su vida por completo.

Doña Juliana era regordeta y sonriente y siempre llevaba chaquetas gruesas de lana (algo muy adecuado para el frío de la montaña), botas con suela de goma (algo muy práctico para la vida en el campo) y los labios pintados de rojo fresa (algo muy raro cuando se vive rodeada de vacas y gallinas como única compañía).

—Llevar los labios pintados de rojo fresa me pone de muy buen humor —dijo doña Juliana mientras se arreglaba, aquella mañana de domingo. Y para demostrarlo dibujó con el dedo una cara sonriente en el espejo empañado por el vaho de la ducha.

Solo una vez doña Juliana había olvidado maquillarse los labios y resultó (¡qué cosa más curiosa!) que también estuvo de muy buen humor.

—Pero eso fue porque había llovido, y cuando llueve no hay excusa para no ser feliz. Cuando huele a tierra mojada me entran ganas de cantar —y añadió—. Por eso prefiero pintarme los labios de rojo fresa todos los días, por si acaso; una no sabe qué tiempo va a hacer después.

Siempre que doña Juliana canturreaba al oler a tierra mojada decía:

—¡Sopa! El agua tiene formas curiosas de levantarnos el ánimo —(doña Juliana exclamaba «¡Sopa!» cada vez que algo le sorprendía de verdad).

Todo esto se lo contaba doña Juliana a sus vacas y ellas mugían de satisfacción como diciendo: «a nosotras también nos gusta mucho la

lluvia, que hace que los pastos estén jugositos». Doña Juliana hablaba mucho con sus vacas. Y también con sus gallinas. Conocía a cada una por su nombre.

—Buenos días «Segundo plato» ¿cuántos huevos ha puesto hoy?

—¿Qué tal se encuentra «Gallina en pepitoria»?

Doña Juliana ponía esos nombres a sus gallinas para no olvidar nunca qué función tenía cada una de ellas en la granja.

—Así les cojo menos cariño y no me da pena meterlas en la cazuela llegado el momento.

Pero la verdad era que a sus gallinas ese momento nunca les llegaba y envejecían rodeadas de todos sus polluelos. Doña Juliana era una sentimental y con el paso de los años acabó guisando solamente vegetales.

Eso sí, las hortalizas que cocinaba eran las más bonitas, sabrosas y sanas de la región porque doña Juliana cuidaba su propio huerto con mucho cariño. Cuando llegó a vivir a aquella granja la tierra estaba seca y agrietada. Pero doña Juliana se preocupó de cavar canales por los que se filtraba el agua fresca del río y en poco tiempo brotaron dulces remolachas, jugosas sandías y tomates aromáticos. Cada vez que doña Juliana desenterraba una zanahoria repetía satisfecha, admirando su color naranja intenso:

—¡Sopa! El agua tiene formas deliciosas de dar vida.

Doña Juliana se sentía muy feliz en el campo. Aunque también un poco sola, por eso hablaba tanto con sus gallinas y sus vacas.

Aquella mañana de domingo, cuando doña Juliana regaba su huerto sin imaginar que unas cuantas gotas de agua iban a cambiar su vida por completo, el grifo de la bañera dejó de cerrar bien. Al principio cayeron unas pocas gotas, pequeñas y discretas: «plic..., plic..., plic...». Luego se fueron haciendo cada vez más gruesas y frecuentes: «ploc, ploc, ploc, ploc». Doña Juliana no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta





bien entrada la tarde (para entonces ya se había desperdiciado toda el agua que cabía en la piscina municipal).

Doña Juliana intentó apretar la manilla del grifo y cerró la llave general del agua pero no sirvió de nada, las gotas de agua caían cada vez más rápido y se perdían por el desagüe. A muchas personas se les habría ocurrido poner el tapón y darse un buen baño, pero doña Juliana no estaba para tonterías: sabía que el agua no se puede malgastar. Colocó una cacerola dentro de la bañera y se puso a hacer llamadas para localizar a un fontanero.

—Acudiré lo antes posible, señora —le aseguró uno, que en ese momento estaba cenando dos huevos pasados por agua (el plato preferido de los fontaneros)— pero tardaré unas cuantas horas en llegar. Estoy en la ciudad.

—¿Me asegura que vendrá? —preguntó, preocupada, doña Juliana.
—Le doy mi palabra. Su llamada no quedará en agua de borrajas —contestó el fontanero, al que por lo visto le encantaban ese tipo de expresiones, muy profesionales.

—Le espero como agua de mayo —dijo doña Juliana, bailándole el agua.

Doña Juliana no podía permitir que se perdieran a lo tonto tantas gotas (¡el agua es imprescindible!). Por eso, una vez que la cacerola se llenó hasta el borde puso una olla a presión y después dos sartenes y más tarde cuatro ensaladeras y luego cinco docenas de vasos y cuando ya solo le quedaban vacías unas copitas de licor se puso a llover.

Eso fue una gran suerte. No solamente porque el olor a tierra mojada le pusiera de muy buen humor y le entraran ganas de cantar, sino porque, mirando por la ventana, doña Juliana cayó en la cuenta de una cosa: las gotas de lluvia que resbalaban por el cristal se iban uniendo las unas a las otras y cuantas más se juntaban más rápidamente avanzaban.

—¡Sopa! El agua tiene formas muy inteligentes de darnos buenas ideas.

Doña Juliana entendió al instante que necesitaba ayuda.

—Si trabajas unido, avanzas más rápido —dijo pensativa mientras llamaba por teléfono a su amiga Aurorita, la de la perfumería.

—Déjalo en mis manos, Juliana. El agua del grifo es más valiosa que el agua de colonia —dijo la perfumera con muy buen criterio—. Yo me encargo.

No había transcurrido ni media hora cuando sonó el timbre de la puerta principal. Al abrir, doña Juliana descubrió una fila interminable de personas que traían recipientes, cacharros y cubos para recoger el agua. Doña Juliana, después de gritar: «¡Sopa, sopa, resopa!» varias veces, fue haciéndoles pasar:

—Al fondo a mano derecha, señora peluquera. Muchas gracias por venir.

—Es un placer, doña Juliana —contestó la peluquera—. He salido de casa en cuanto me he enterado. Sin agua yo no podría lavar cabezas.

—Gracias, señores bomberos, pasen, pasen al baño. Ustedes mejor que nadie saben lo importante que es el agua —dijo doña Juliana mientras les indicaba el camino a seis bomberos vestidos con uniforme rojo y manguera.

Y ellos entraron a paso firme para recogerla en sus cascos.

—¿Usted también, señorita? —preguntó doña Juliana a la de la tinería—. Si pensaba que solo hacían limpiezas en seco.

—Sí —contestó la chica, sonriendo— pero también necesitamos agua para que la plancha eche vapor.

Al final resultó que todo el mundo necesitaba agua: el socorrista para llenar la piscina, el pescatero para picar hielo y conservar el pescado, la de la floristería para alimentar a sus plantitas, la de la confitería para hacer granizados de limón, los niños para lavarse detrás de las orejas, para beber, para refrescarse...

En cuanto doña Juliana vio que se iban acumulando los recipientes llenos, pensó que algo había que hacer con toda aquella agua.

La peluquera se ofreció a lavar el pelo de todos los que estaban allí reunidos e incluso se brindó a teñirles de rubio platino. Un grupo de niños propuso mezclar el agua con la tierra del jardín y hacer una batalla de albóndigas de barro.

Doña Juliana temió que los bomberos quisieran prenderle fuego a la casa y usar el agua para sofocarlo. Necesitaba encontrar una solución urgente, por eso corrió al baño a pintarse los labios de rojo fresa para darse ánimos. Y entonces, doña Juliana tuvo una idea:

—El agua de grifo no tiene colorantes ni conservantes ¿Qué mejor ingrediente puede haber para realzar el sabor natural de los alimentos? —Y remangándose para lavarse las manos gritó—: ¡A cocinar!



El vaho del agua caliente empañó el espejo y el dibujo de la cara sonriente apareció de nuevo.

—¡Sopa! El agua tiene formas mágicas de desearnos suerte.

Doña Juliana empezó a organizar a unos y a otros:

—¡Electricistas, pelen las cebollas! ¡Médicos, quiero los pimientos picados bien finos! ¡Profesores de inglés, a limpiar las acelgas!

Pronto todos los fuegos de la cocina estuvieron cociendo hortalizas y verduras a pleno rendimiento. Doña Juliana se paseaba de un lado a otro con una cuchara de palo y un delantal anudado a la cintura. Probaba el caldo, salaba los vegetales, mandaba trocear esto o aquello y daba el visto bueno al resultado final.

Un camarero reservó una olla de agua caliente para repartir tazas de infusión de flores amarillas de camomila, menta verde y té rojo. Todos necesitaban tomarse un respiro.

—¡Sopa! El agua tiene formas muy coloridas de reconfortarnos —se asombró doña Juliana, tomando una taza de té.

Para cuando llegó el fontanero la cocina de doña Juliana parecía una verdadera fábrica. Las de la mercería, los zapateros y siete jubilados habían hecho una cadena humana y habían llenado y etiquetado una pila de frascos de sopa que ocupaba el cuarto de estar, salía por el pasillo y daba dos vueltas completas a la casa.

Ya casi amanecía cuando el fontanero, sudando la gota gorda (muy propio de un fontanero), consiguió que el grifo de la bañera hiciera «ploc, ploc, ploc, plic..., plic..., plic...» y por fin, dejara de gotear. Ese fue un momento emocionante de verdad porque se hizo un silencio y, de repente, todos se pusieron a aplaudir. El fontanero hizo una solemne reverencia y sonrió con orgullo. Había parado de llover y doña Juliana abrió las persianas para dejar entrar los primeros rayos del sol. Un niño con camiseta de rayas blancas y azules gritó, asomándose al jardín:

—¡Qué bonito!

Todos miraron por las ventanas. La pradera se había llenado de florrecillas blancas que tapizaban el suelo como si acabara de nevar en pleno mes de mayo.

—¡Sopa! —dijo doña Juliana— el agua tiene formas preciosas de dar las gracias.

Cada una de las personas que ayudaron a doña Juliana a recoger el agua se llevó un par de frascos de sopa de regalo. En menos de una semana no quedaba nadie en la zona que no la hubiera probado. El fontanero no se llevó ninguno pero se enamoró de doña Juliana y se quedó a vivir en la granja. Allí se encontraba como pez en el agua.

Doña Juliana puso cuatro mesas con mantel blanco de tela junto al establo y una macetita de azaleas en cada una de ellas. Había que reservar con una semana de antelación si querías comer su sopa.

Los domingos (si ningún grifo dejaba de cerrar bien) el fontanero le ayudaba a servir los platos.

—Prueben la sopa Juliana. Verán como se les hace la boca agua.

Las gallinas ayudaban a mantener limpio el comedor, picoteando las migas.

Los días de sol, doña Juliana repartía barras de labios color rojo fresa entre los comensales. Cuando llovía, sus clientes se ponían de tan buen humor al oler a tierra mojada que muchos se ponían a cantar.

Doña Juliana ya no se sentía sola en el campo. Aquel domingo unas cuantas gotas de agua habían cambiado su vida por completo.

El arte de Maya

MARIO FERNÁNDEZ PALOS



El primer día del año en el que mamá no me pide que me abrigue cuando salgo de casa es para mí el comienzo del verano. El año pasado ocurrió a finales de mayo, este año se retrasó un poco. Así que cuando por fin llegó, ni esperé a estar en el jardín para echar a correr y arranqué justo al pie de las escaleras. En realidad no me sentía muy distinto al día anterior, me quedaba casi el mismo tiempo por delante de vacaciones que disfrutar, pero el verano es sagrado y exige reverencia. Si no mantenemos las tradiciones, ¿quién lo hará?

El primer día del verano era también el primer día de río. Corrí bajo el sol de la tarde hasta la linde del pueblo, crucé la carretera comarcal con cuidado, mirando antes a ambos lados como me habían enseñado, y volví a la carga colina abajo. Me hacía muy feliz lo mucho que había crecido desde el último verano y cuán rápido podía correr entonces: nunca había visto el paisaje tan borroso. El viaje se me había hecho tan corto que el fuerte ruido del agua me pilló desprevenido. Bajé hacia el río agarrándome a las rocas esperando encontrarme a mis amigos; porque quedase con ellos o no sabía que estarían allí. Vi a Carla, a David y a Jaime de pie junto a la orilla, quietos y callados, mirando hacia el agua. ¿Qué hacían así? ¿Acaso tras un invierno en la ciudad habían olvidado lo que era vivir? Porque si vas al río es para bañarte en...

Me quedé paralizado cuando me giré y vi lo que les había sorprendido, y entendí por qué sonaba tan fuerte el agua. Y es que donde el verano

anterior no había más que un río tranquilo ahora veíamos una enorme cascada.

—¿Hola chicos, qué ha pasado aquí?

—No lo sabemos —me dijo Jaime—. La habrán construido cuando no estábamos.

Carla se rió del comentario

—Venga ya —dijo a continuación—. Las cascadas no se construyen, salen solas con la erosión.

—Pues es una pasada —opinó David.

—¡Vamos a acercarnos! —grité con entusiasmo, corriendo hacia la cascada sin esperar a su respuesta.

Era un lugar genial, lo echo de menos. El borde de la cascada estaba muy alto, más o menos diez veces más alto que yo. El agua caía tan fuerte que nos hacía un poco de daño en la cabeza cuando atravesábamos el chorro, pero merecía la pena pasar porque había una cueva detrás. La exploramos buscando un tesoro hasta que se hizo tan oscura que nos dio miedo continuar, entonces empezamos a imaginar que lo habíamos encontrado y nos repartíamos las joyas y las monedas. Salimos con el botín y escalamos hacia la parte superior del río. Pensábamos saltar, aunque nos diese miedo, pero me di cuenta de que era una de esas cosas que los padres llamarían «irresponsabilidad» y decidí no hacerlo.

Como estaba anocheciendo empezamos a caminar hacia casa, haciendo planes para el día siguiente. David y Jaime discutían sobre si era mejor construir un fuerte o un puerto, mientras Carla caminaba concentrada y yo, en secreto, pensaba en llevarme una linterna.

Al día siguiente me desperté antes que mis padres por primera vez en mi vida, aunque en realidad como tuve que esperar a que se levantaran para poder tomar las tostadas no gané mucho tiempo.

Salí corriendo de casa con la toalla en una mano, mi linterna de explorador en la otra y el último pedazo de tostada entre los dientes. En

la última calle del pueblo me encontré con David que venía corriendo desde el otro lado, y juntos y emocionados fuimos hacia el río. Estábamos bastante empapados corriendo, pero cuesta abajo gané yo.

Cuando llegamos nos quedamos igual de paralizados que el día anterior; pero no por la misma razón. Mi linterna se había vuelto inútil porque la cascada no estaba. No sé David, pero yo tenía ganas de llorar. ¿Qué había pasado con la cascada? ¿Había sido un sueño? Nos metimos en el agua y nadamos en silencio.

Un rato después oí un murmullo a mi espalda. Me giré y vi un enorme barco de vapor, negro y chimeneas naranjas, que descendía por el curso del río. Era casi tan ancho como él, rozaba los árboles con su casco.

—¡David, ven! ¡Que nos va a aplastar! —grité con todas mis fuerzas.

En la proa del barco apareció un apuesto capitán que nos gritó: «¡Apartad, deprisa!», mientras hacía sonar una grave bocina. Salimos a la orilla y, asombrados, lo vimos pasar. A los otros niños les costó mucho creernos cuando llegaron.

—¿Adónde vas tan deprisa, Daniel? —me preguntó mi madre al día siguiente, cuando me preparaba para volver y encontrarme con vete tú a saber qué.

—Al río —le respondí, enseñando mi toalla y bañador como prueba.

—Ten mucho cuidado, ya sabes.

—Lo sé, mamá.

—Quizá vaya al río con Maya después, si termino todas las tareas a tiempo. Si no la llevo mañana.

Maya es mi hermana pequeña, tiene tres años. Los abueletes del pueblo dicen que nos parecemos mucho, aunque creo que se lo dicen a todo el mundo. Como ya es lo bastante mayor, este año irá al río por primera vez.

—Por cierto —continuó mi madre—, ¿has visto una pintura azul por aquí? Maya ha debido de tirarla por alguna parte y ahora no puede acabar su dibujo.

—No he visto nada —le dije yo. Cogí la cera que más cerca tenía y se la di a mi hermana diciendo: «Mira, este color es mucho mejor, es el más bonito». Ella lo cogió con su mano regordeta y lo miró con los ojos abiertos como platos. Creo que la convencí.

Aquellos días ir al río era como soñar, una vez cruzabas los últimos árboles y te metías en la orilla podía ocurrir cualquier cosa, de lo más extraña, y aunque te sorprendía era en cierto modo como si siempre hubiera sido así. Así que cuando vi a unos cuantos niños bañándose en agua de color naranja y la orilla llena de tortugas seguí caminando como si nada y solo pensé en divertirme.

Cada uno de nosotros escogió una tortuga para hacer carreras. La mía, Rafael, era de las más rápidas, pero despistada. Alfonso, que era un chico mayor del pueblo, descubrió que iban más deprisa si las atraía con comida. Todos lo imitaron y sus tortugas empezaron a correr mucho. Todas salvo Rafael.

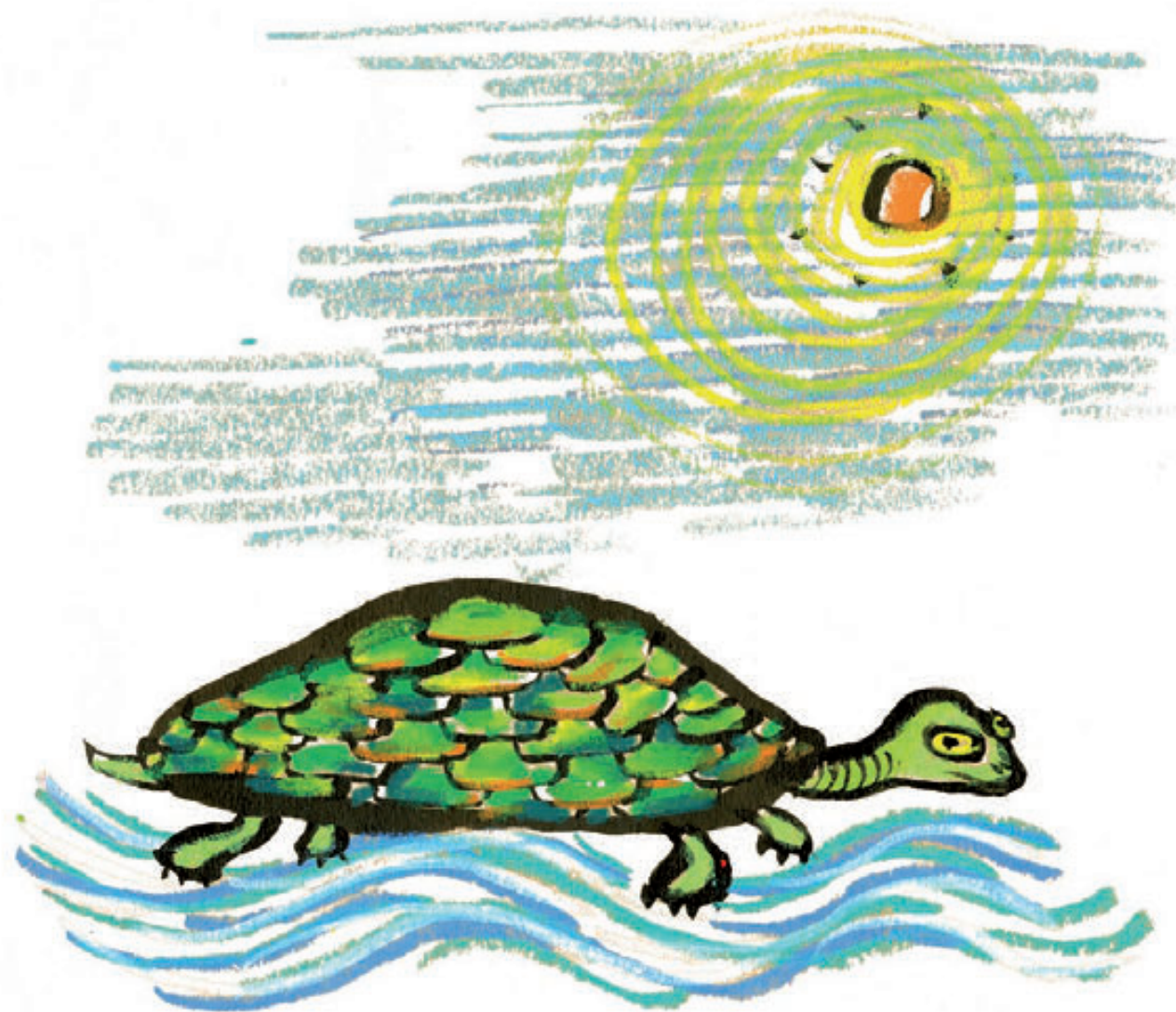
El agua estaba muy bonita de ese color. Sabía igual que siempre, y si la cogías entre las manos se volvía transparente, pero el río era brillante y naranja. Al final de la tarde volvió a ser azul, echamos de menos el color anterior; pero como pudimos jugar un rato más con las tortugas no nos dio tiempo a ponernos tristes. Cuando me tuve que ir me despedí de Rafael para siempre, había sido una gran mascota.

—¡Hola! —grité al entrar en casa.

Mis padres me saludaron a coro, cada uno desde una habitación. Yo subí las escaleras y fui a saludar a Maya.

—¡Hola nena! ¿Encontraste la pintura?

Me respondió con algo parecido a un sí mientras levantaba orgullosa una cera de color azul. Me acerqué a ver lo que había dibujado y no pude creer lo que veía. Todos sus dibujos eran de ríos: uno con un barco de vapor, otro con una cascada, otro con un río naranja lleno de tortugas y otro, que debió hacer al encontrar la pintura, con agua azul y aún más tortugas.



—Maya, ¡eres tú! ¡Eres la que cambia el río!

Desde que llegamos al pueblo ese verano estuvimos hablando de que la llevaríamos al río, y parecía haberle hecho mucha ilusión. Como no había visto nuestro río tuvo que imaginárselo para dibujarlo, y lo convirtió en algo maravilloso. Sabía que mi hermana pequeña tenía una imaginación prodigiosa; pero no hasta dónde podía llegar.

Intenté aprovechar la oportunidad. Le di un folio en blanco y le dije:

—Oye, Maya, ¿puedes dibujar un río que tenga una isla en el centro que esté llena de cuevas? Con una cruz en el suelo que marque un tesoro y... ¿Me entiendes?

No parecía hacerlo, porque me miró igual que si le hubiese dicho «el clima de Madrid es mediterráneo continental».

—A ver, pon aquí el agua.

Ella obedeció y empezó a dibujar. En casa olía a comida y se oía ruido de platos entrechocando. Fui explicándole dónde debía ir la isla, cómo se hacía un muelle y cómo quería la entrada de la cueva. Empezó a dibujar cada vez más despacio hasta que paró del todo, la miré: se había quedado dormida en la silla.

Decidí no forzarla e intentarlo al día siguiente. De lo emocionado que estaba ante la posibilidad de diseñar el río no pude dormirme hasta muy tarde aquella noche, y no fui capaz de madrugar a la mañana siguiente.

Cuando llegué al piso de abajo después de levantarme de la cama mi madre entraba en casa con Maya en los brazos.

—¡Hola dormilón! Pensé que no te despertarías hasta septiembre.

—Es que estaba muy cansado, mamá —le respondí—. ¿De dónde venís?

—Venimos del río. Me daba cosa despertarte así que nos fuimos las dos, podemos volver después si quieres.

—Vale... —respondí sin muchas ganas. Sospechaba lo que iba a ocurrir.

Mientras mi madre me preparaba el desayuno, Maya se puso a dibujar en la mesa de la cocina. Vi cómo coloreaba el agua del río, azul, tal y como es. La orilla, más ancha a un lado que a otro, sin rastro alguno de tortugas. El curso estaba tranquilo, sin rápidos ni cascadas, y por él no cabría un barco por mucho que lo intentara.

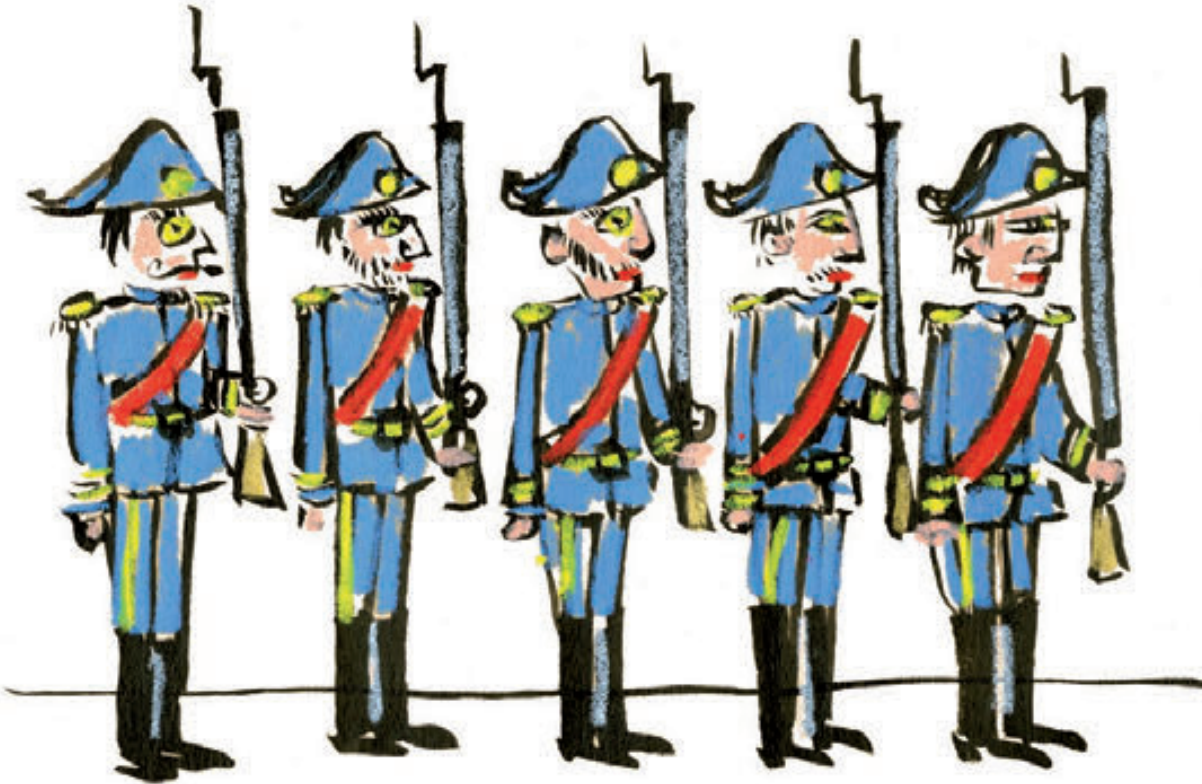
Cuando acabó me regaló el dibujo y todos los anteriores, y yo se lo agradecí con un beso en la frente. Aunque estaba triste de que todo se hubiera acabado, de que la realidad hubiese acabado con las fantasías de Maya, supe que había pasado unos días increíbles.

Mientras colgaba los dibujos en la pared de mi cuarto se me ocurrió algo que me hizo muy feliz: estábamos a media hora de un embalse, y Maya nunca había estado allí...



El capitán Coraje

DELSA LÓPEZ LORENZO



Rotardo ve con gusto como cae la lluvia. Siempre le ha gustado bañarse en los aguaceros con sus amigos. También los barcos de papel. Cómo le gusta hacerlos y después echarlos en la corriente que los llevará hasta el río próximo. Los imagina navegando hasta el mar, y millones de aventuras aparecen en su mente.

Cada barco lo acompaña de soldados. Por supuesto, a escondidas, porque dice su mamá que ponerlos allí es como botarlos. Pero él sabe que no. Ellos son la tripulación de una flota que surcando mares llegará hasta islas desconocidas. Allí encontrarán árboles frondosos con deliciosas frutas, cuevas repletas de diferentes animales, fantásticos tesoros escondidos y quién sabe cuántas maravillas más.

Ahora Rotardo no puede bañarse bajo la lluvia ni echar barcos a navegar. Mira por la ventana como los demás se divierten.

La madre le trae un jugo y galletas para merendar. Su jugo preferido, pero él no tiene apetito. Si tan solo pudiera... pero no puede y se llena de tristeza.

Desde un rincón del cuarto la mamá lo observa con preocupación: —Merienda hijo y después lee alguna aventura del libro que tanto te gusta. Pero Rotardo prefiere mirar a sus compañeros.

Se queda solo en la habitación y de pronto escucha que lo llaman: —Rotardo haz tus barcos y tíralos por la ventana. Nosotros los pondremos a navegar.

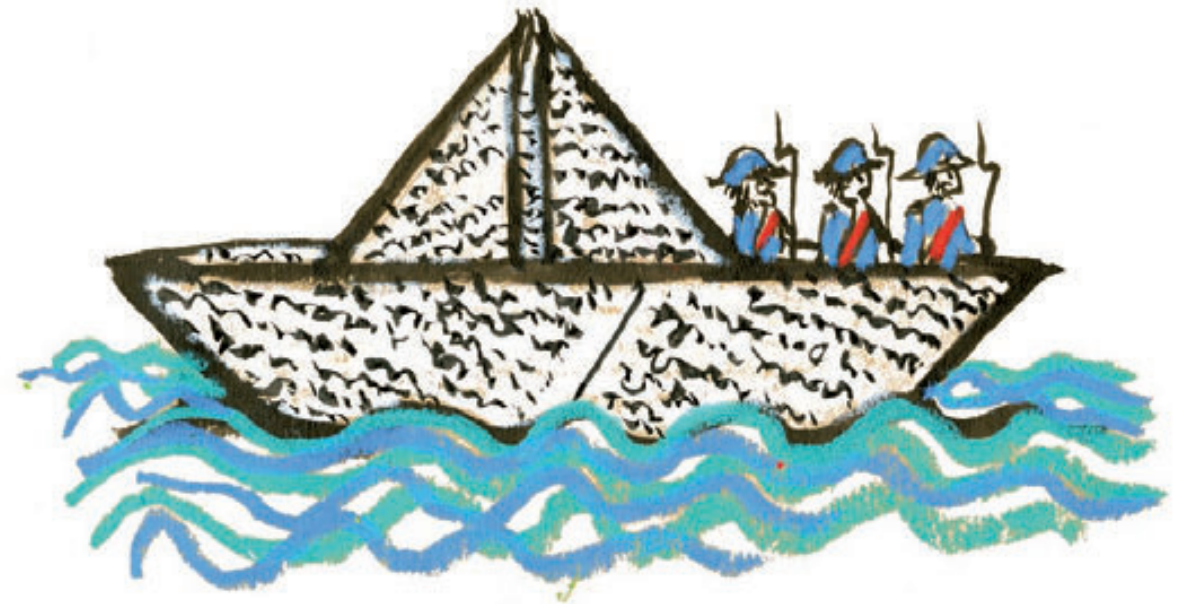
—Ya voy, —les grita y alcanza un periódico de la mesita que está

cerca y una caja con pequeñas y delgadas figuras de plomo. Ahora sí, se dice, y comienza la labor.

Cómo cuentagotas, los ojos y las nubes, derraman el agua. La salada corre por las mejillas, la dulce por las calles. Las dos, con su pureza, ayudan a aligerar las penas.

A cada barco le pone capitán y tripulación. Poco a poco los va bajando con una pita. El último lleva un tripulante con una sola pierna y clavada en su bayoneta una nota que dice:

El Capitán Silver tenía una pata de palo. Este tendrá también la suya. No le tengan lástima. Es un valiente que sabrá navegar por ríos y por mares. Su nombre es Coraje... y le ha sucedido... igual que a mí.





El duende del Eume

MARTA PÉREZ COGOLLOS

—Érase una vez que se era, una historia que era de verdad; o que ni era verdad, ni era mentira, pero una y otra vez sería...

—¡Fe-liiii-pe! —protestó Mamá.

—¿Qué ocurre?

—Les estás liando de nuevo. Si no se te ocurre una historia, ¡déjalo!

—Vámonos a casa... —pidió Guille, el cobarde.

—No, Guille, va, no tengas miedo. Ahora te cuento el cuento en serio.

—A: No quiero cuento. B: No tengo miedo. Y C: Quiero irme a casa —se quejó Guille, que había aprendido de su hermano a enumerar las cosas cuando quería que le tomasen en serio.

Pero lo cierto era que Guille sí tenía miedo. Mamá, Felipe, Víctor y él habían ido a merendar junto al río. En el momento en el que se acercaron a la orilla, habían visto un jabalí al otro lado. Bien grande. Estaba bebiendo, y cuando les vio se quedó parado como una estatua. Mirándoles muy serio. Encorvado, con sus colmillos gigantes, sus ojos severos y su ceño fruncido. De su hocico brillante caían gotas de agua. Solo miró unos segundos; luego se revolvió y se alejó al galope por la pradera, hasta el bosquecillo. Ninguno sabía que un jabalí podía correr tan rápido. Brioso, magnífico, una mole enfadada y también un poco destartalada. Guille temía que regresara, y Mamá le había pedido a Felipe que contara un cuento para distraer al niño más pequeño.

—Yo no tengo ningún miedo, —dijo Víctor —a mí me gustaría que volviese el jabalí. Quiero hacerle una foto; mis amigos no se lo van a creer. Era ENORME, ¡más grande que el que tienen en el bar!

Se refería a la cabeza de jabalí que colgaba de la pared del bar del pueblo. A Guille nunca le había gustado. Le parecía fiero y apolillado a la vez. Estaba seguro de que quería vengarse de quienes habían colgado allí su cabeza. O si no, algún otro jabalí le vengaría. Había oído que un jabalí enfurecido era el animal más peligroso del mundo, capaz de destripar a una persona con sus colmillos.

—No va a volver —dijo Mamá, dirigiendo una mirada de reproche a Víctor—. Solo ha bajado al río a beber. No nos olió ni nos oyó porque la brisa soplaba hacia nosotros, pero en realidad le hemos asustado, y no quiere acercarse.

—¡Claro! —dijo Felipe—. De todas formas, esto me recuerda a la historia que os iba a contar. De veras. Ocurrió una tarde de verano, como esta; pero junto a un río diferente, que se llama río Eume. Está en el norte, en Galicia, de donde yo vengo.

—¿Es tan grande como el Alberche? —preguntó Víctor.

—Es bien distinto. Allí donde yo iba de excursión con mis padres, transcurre entre robles y helechos. Yo creo que lleva más agua que el Alberche, porque en Galicia llueve mucho. La corriente es bastante fuerte y hay que tener cuidado para no ahogarse. Aquel día no llovía, hacía sol. Teníamos comida, y unas latas de refresco que metimos en el agua para que se mantuviesen frías. Entonces, —la voz de Felipe se volvió misteriosa— nadie sabe de dónde... apareció una anciana, con la cara muy arrugada, y ropa un poco harapienta...

—¿Una meiga, Felipe? —preguntó Mamá con retintín.

—Nunca se sabe, nunca se sabe...

—¿Qué es una meiga? —preguntó Guille.

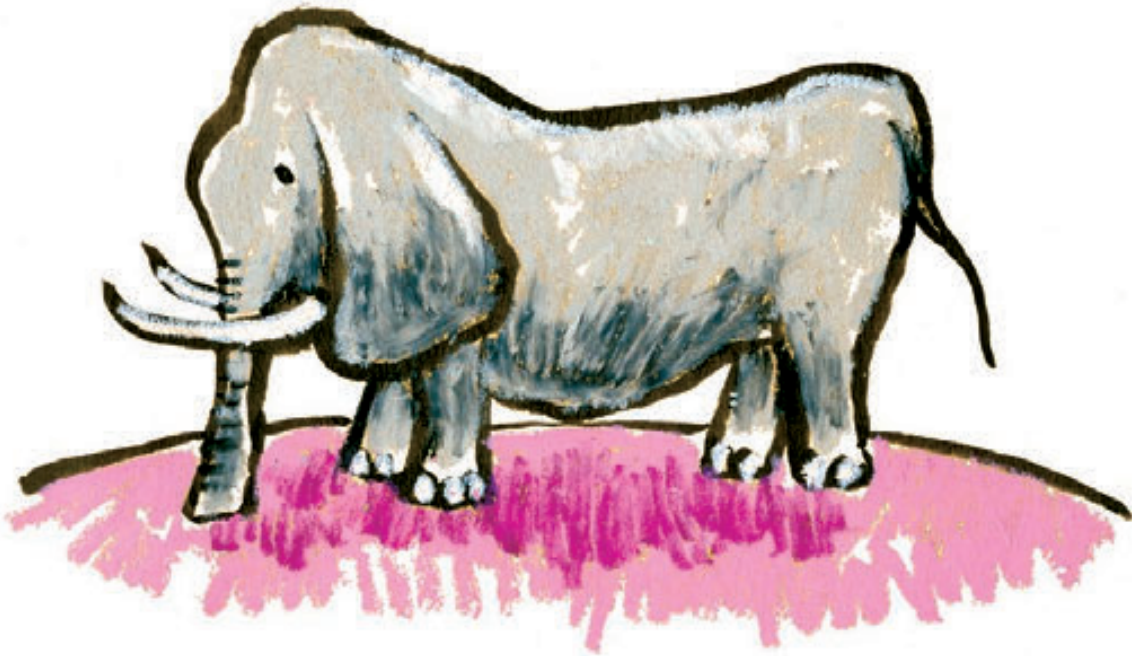
—Unas brujas que tienen en Galicia —contestó Mamá, sonriendo — y quizá no lo más adecuado en un cuento para quitar el miedo.

—Ni es un cuento ni es para quitar el miedo —protestó Felipe. —La anciana apareció de verdad, y lo que dijo, lo dijo de verdad. Que fuese una meiga o no..., ahí ya, no me meto.

—¿Y qué dijo? —preguntó Víctor, súbitamente interesado en la historia.

—Pues la anciana, me había visto meter las latas en el río, y me advirtió: «Cuidado, niño, no vayas a ensuciar la casa del duende del Eume». «¿Qué duende?», pregunté. Y la anciana nos miró a todos muy seria, moviendo la cabeza. «El duende es un espíritu que habita este río» dijo. «Va con la corriente, nunca la abandona, y sabe lo que ocurre allá donde tocan sus aguas. A todo el mundo le gusta tocar el agua o meter los pies en el río. Cuando esto ocurre, el duende toca a las personas a través del agua, y mira lo que tienen en la cabeza. Es como si viese los pensamientos. Luego los apunta, y los lleva siempre consigo; corriente arriba, corriente abajo. A veces juega con las personas, y le mete a una en la cabeza lo que ha visto en la de otra. Sabemos que es así porque una vez, hace mucho tiempo, un hombre que nunca había salido del pueblo, se metió en el agua y tuvo una visión. ¡Vio un elefante! Entonces no había televisión, ni muchas fotografías, y ningún circo se había acercado al pueblo con algo tan grande como un elefante. Le pareció una criatura increíble. Cuando ese hombre llegó a su casa, hizo un dibujo perfecto del animal; era un elefante bien hermoso, aunque con un colmillo roto y una oreja raída. Un vecino de otro pueblo cercano al Eume, había estado en África. Cuando vio el dibujo, no sólo confirmó que eso era un elefante, ¡sino que además era uno que había visto en sus viajes! Aquel hombre, el viajero, se había bañado en el río al volver de África. El duende del Eume cogió el elefante de su cabeza, y se lo pasó al otro hombre, para gastarle una broma. O, quizá, para que pudiera ver una vez en su vida un animal tan espectacular, ¿quién sabe?».

—¡Menuda trola! —exclamó Víctor, el escéptico.



—Puede ser, puede ser —dijo Felipe—. Pero luego la anciana nos contó más pruebas de la existencia del duende. Otra vez, una mujer dejó a su hijo en su pueblo al cuidado de su tío, porque ella tenía que ir a trabajar cerca de Pontedeume, varios kilómetros río abajo. Un día, la mujer se cansó de tanto trabajar, tenía las piernas hinchadas, y metió los pies en el río para refrescarse. Al cerrar los ojos, vio claramente cómo el tío del niño le pegaba en las manos con una vara, y le hacía heridas. Volvió al pueblo enfurecida, le atizó un bofetón al tío (entonces, las cosas se arreglaban así), y se llevó al niño. Luego, el niño contó a su madre que había ido al río a llorar, y a meter las manos en el agua fría, para que no le doliesen tanto las heridas. Todo el mundo entendió que el duende había vuelto a hacer de las suyas, porque nadie habría podido decirle a la madre de otra forma que su hijo había recibido una paliza.

—¿Entonces, el duende lo sabía todo de TODO lo que tocaba el agua? —preguntó Guille.

—Todo. Por eso la anciana me advirtió lo de las latas. Imagínate, que las dejamos en el río y el duende coge la imagen de una lata usada, sucia y oxidada. ¡No es un bonito recuerdo, para meter en la cabeza de otra persona! Hay quien no tiene cuidado y tira bolsas, pañuelos de papel... Imaginaos, ¡qué asco! ¡Un pañuelo lleno de mocos! Y que el duende te lo meta en la cabeza...

—¡O un pañal lleno de caca! —añadió Víctor, entusiasmado—. Imagínate que te mete ESO en la cabeza...

—Por favor, ¡qué guarrería! ¡Basta! —dijo Mamá.

—Oye, Felipe, y el Alberche, ¿tiene duende?

—No sé, Guille, yo solo sé lo del Eume; pero a lo mejor todos los ríos tienen uno, habría que probar. Los duendes hacen solo lo que quieren. ¡Acércate al agua a ver si ves algo!

—A: ¡Paso de mojarme! —exclamó Víctor—. B: Esa historia es mentira, y C: Va, Guille, un partido.

Sacó el balón, y chutó la pelota hacia el cielo.

—Ahora no me apetece —contestó Guille a su hermano.

Esperó un rato, mirándole jugar solo. Al poco, se acercó a la orilla del Alberche. El agua pasaba tranquila, poco profunda, con un color arenoso. Decidió hacer caso a Felipe, se quitó zapatos y calcetines, recogió el bajo del pantalón y metió los pies en el río. Estaba fría. De hecho, dolía un poco, pero los pies terminaron por acostumbrarse. Los dedos se hundían en el fondo arenoso, y costaba levantarlos de nuevo porque se quedaban pegados al fondo. Los insectos patinadores se deslizaban sobre la superficie cerca de la maleza. Guille se entretuvo mirándolos, y al rato terminó por olvidar lo que había ido a buscar. Pero de pronto, le invadió una sensación extraña. Su piel se endurecía. Se cubría de pelos tiesos como los de un cepillo de limpiar zapatos. Se le fruncía el ceño. Se sentía grande y fuerte, magnífico; pero también un poco encorvado y destartado. ¡Se sentía como el jabalí! ¡El duende le estaba trayendo el recuerdo del jabalí! Se volvió a mirar a su madre, a Felipe, y a Víctor; pero no pudo decir nada. Los jabalíes no hablan. Ellos en cambio sí hablaban y reían; ya habían sacado la merienda y el bullicio que armaban le resonaba en la cabeza. Le parecieron muy escandalosos, y le dieron un poco de miedo. ¡Mamá tenía razón! El jabalí se había asustado de ellos. Cuánto miedo tenía... ¡tanto miedo que se revolvía por dentro y empezaba a ponerse furioso! Guille acercó las manos al agua, y acarició la superficie.

—Tranquilo —susurró—. Dile que yo también me asusté, que no tenga miedo. ¡No le vamos a hacer nada!

Pensó con todas sus fuerzas en un jabalí y en un niño que se hacían amigos. Sabía que eso no había ocurrido nunca, no obstante... A: Lo que él había visto, era difícil de explicar. B: No perdía por probar, y C: La historia de Felipe, a lo mejor era un poco verdad.



EDITA
Fundación Canal

COORDINACIÓN
Fundación Canal
This Side Up

ILUSTRACIONES
Rafa Sañudo

DISEÑO
Bruno Lara

IMPRESIÓN
Crutomen

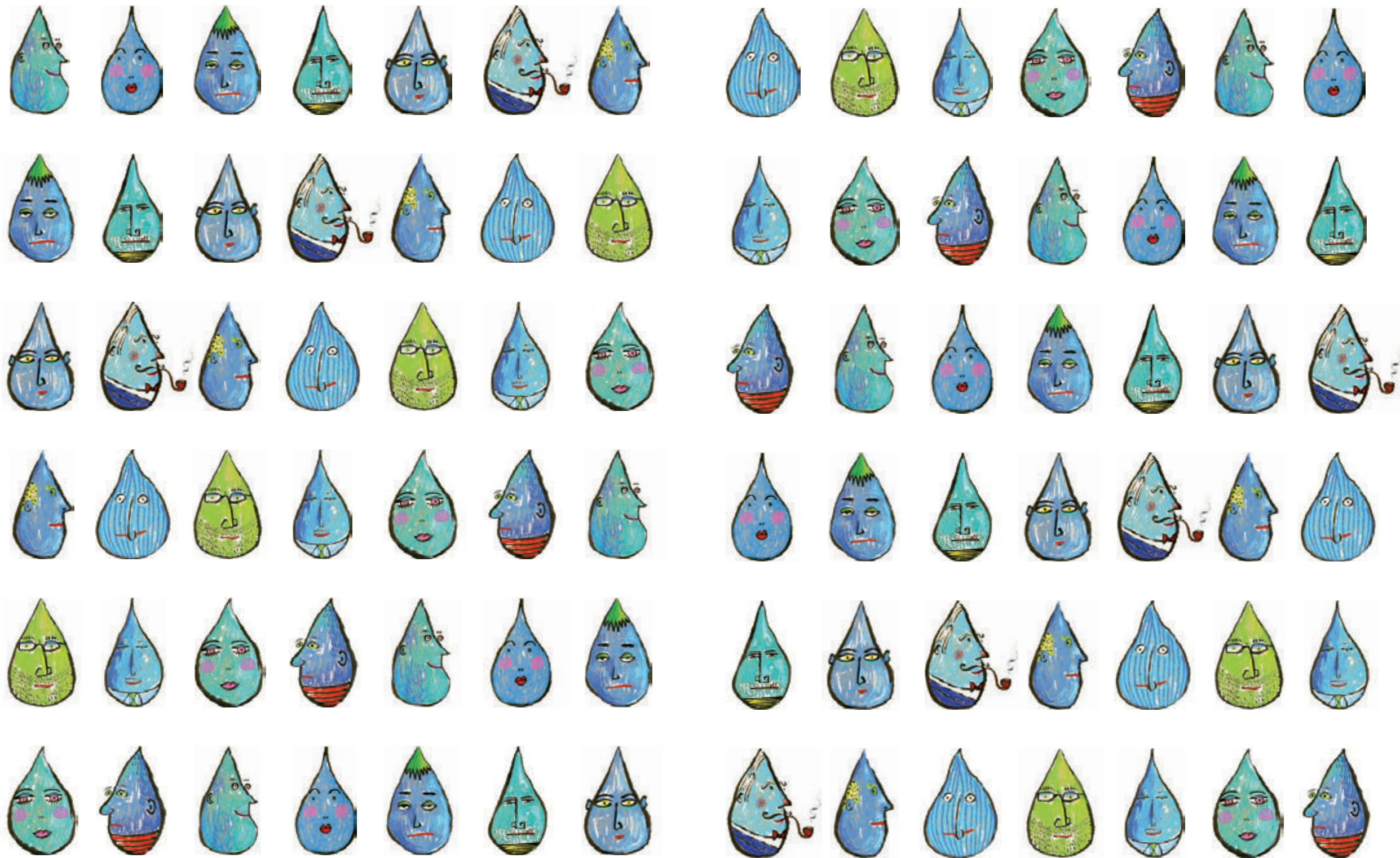
© de la edición: Fundación Canal, 2011
© de los textos: sus autores
© de las imágenes: Rafa Sañudo

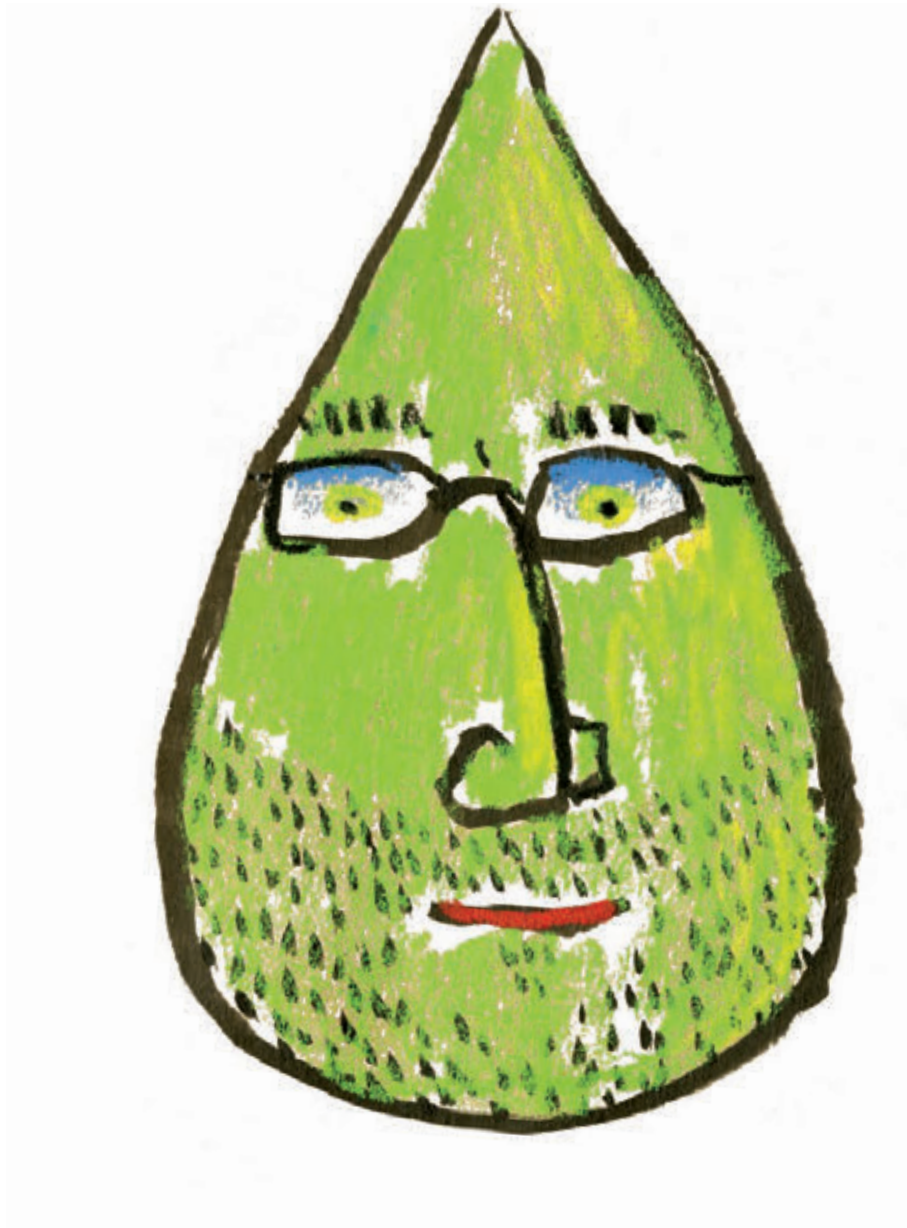
D.L.: M-44357-2011
ISBN: 978-84-938691-2-0

Fundación Canal
Mateo Inurria, 2
28036 Madrid
Tel: +34 91 545 15 06

www.fundacioncanal.com

◀ ◀ ◀ Ir al índice





FUNDACIÓN CANAL
Canal de Isabel II

